

Augé, Marc

Diario de un sin techo : etnoficción - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Dedalus, 2016.

80 p. ; 20 x 13 cm. - (Biblioteca contemporánea. Narrativa)

Traducción de: Eugenio López Arriazu

ISBN 978-987-3744-04-4

1. Novela. I. López Arriazu, Eugenio, trad. II. Título
CDD 843

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des
Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra cuenta con el apoyo de los
Programas de ayudas a la publicación del Institut français

Título original: *Journal d'un SDF. Ethnofiction*

© 2011, Éditions du Seuil.

© de la traducción: Eugenio López Arriazu.

1ª edición: noviembre de 2016

© Reservados todos los derechos de esta edición para América Latina

PROHIBIDA LA VENTA EN ESPAÑA

Dedalus Editores

Paraguay 3038 3ºD, Buenos Aires, Argentina.

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de colección: Crudele Ribeiro Diseño

Ilustración de cubierta: Alejandro Crudele

Diagramación: Ariel Shalom

ISBN 978-987-3744-04-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

Diario de un sin techo

Etnoficción

MARC AUGÉ

Traducción de Eugenio López Arriazu

 **Dedalus** Editores

Miércoles 19 de marzo

Siempre soñé que huía. Es una escena recurrente de mis noches. El escenario no es nunca exactamente el mismo, pero siempre me encuentro rodeado de enemigos que de milagro no notaron mi presencia. Y el desenlace se repite con dos variantes: o me salgo por la tangente, como quien no quiere la cosa, tratando de que no me noten, o cedo al pánico y salgo pitando a toda marcha como si la muerte me pisara los talones. Me sucede que paso de un episodio al otro en el mismo sueño: mientras trato de ocultarme con discreción, alguien me descubre, me señala con el dedo y yo me largo a correr como loco. Sea como sea, el resultado es siempre el mismo: un despertar brusco y alborotado en el que la angustia de tener que enfrentar el hastío de lo cotidiano pronto se riñe con el alivio de haber escapado de mis demonios –esos demonios que no identifico, pero que vuelven regularmente para acosarme.

En la vida de la vigilia, por el contrario, desde que me dejo ir e imagino que sería posible, después de todo,

abandonar todo lo que me parece a la vez tan natural y tan pesado, para mandarme a mudar, mi circulación sanguínea se acelera, los arrebatos de dicha me cortan el aliento, casi me ahogo. Después todo se calma, todo vuelve al orden. Soy como los coros de ópera: “¡Vamos, vamos!”; sueño, pero me quedo en el molde.

Hoy querría saber si mi mudanza inminente va a marcar un comienzo o un final. Tal vez sea inocente hacerse una pregunta así a mi edad. La vida se burla de la edad. El apremio en el que me encuentro es inesperado, pero terminante. Necesito poner los pies sobre la tierra. Primera vez que me veo obligado a actuar y no sé muy bien si estoy en la víspera de una nueva partida o de una desbandada definitiva. Voy a evaluar la situación, entonces, pero trataré de atenerme al aspecto contable de las cosas. Después de todo, es lo que está en juego.

Mi jubilación de inspector de impuestos asciende a un poco menos de dos mil euros mensuales. Mi primer matrimonio, hace un siglo, terminó menos de cuatro años más tarde con un divorcio; fui condenado a perpetuidad: una prestación compensatoria indexada sobre ya no sé qué, que asciende hoy a ochocientos cincuenta euros mensuales. Todo esto no sería muy grave de no haber existido mi segundo y reciente divorcio. En suma, el salario de mi mujer, que trabajaba también en Impuestos, pagaba el alquiler y algunos gastos fijos. Con el mío, comíamos. Ella no quiso demandarme por nada, imposible esquilarse un huevo, pero se fue a vivir a otra

parte dejándome el departamento: mil cuatrocientos euros por mes con expensas. Hagan las cuentas.

Viernes 21 de marzo

Vino el anticuario. Más que anticuario, se las rebuscaba con antigüedades. Pero tiene el ojo alerta y la mirada despierta. Ahí mismo supe que me iba a estafar. Su manera voluble de expresarse me cansó de entrada. Su manera de repetir “sinceramente” o “francamente” cada tres palabras pronto me pareció un indicio recurrente de engaño. Sin embargo, supe de inmediato que iba a aceptar su oferta sin discutir. El apuro por terminar me paralizaba. Negocié un poco el precio de la cómoda, una cómoda siglo XVIII heredada de mi madre hace diez años. Siempre me la presentaron como auténtica. “Una pieza hermosa”, había dicho el del fletero que la subió al departamento. “Si prefiere, la podemos dejar en Drouot¹”, sugirió el vendedor, “pero va a llevar tiempo”. Decliné la oferta. Finalmente, aceptó llevarse todo en la semana, incluida la vieja heladera y la cocina deteriorada, y me firmó un cheque por cuatro mil euros. Yo sabía que era una manera de torcerme el brazo, pero bueno.

¹ La mayor casa de subastas de Francia [n. d. t.].

Me preguntó si podía esperar unos días para cobrar el cheque. “Tengo la cuenta con la plata justa”, precisó, “pero el martes que viene voy a hacer un negocio en el interior y voy a tener más efectivo disponible”.

El momento que me resultó más penoso fue cuando con sus dos ayudantes, indios o paquistaníes, no sé, vaciaron la habitación. “Mejor empezar de una vez”, dijo. “¿No será molestia si me llevo su cama? Al somier y al colchón no se le puede sacar nada, y a su armario, mejor ni hablar, pero así aliviamos el lunes”. Respondí que no, que no me molestaba; yo dormiría en el sofá del living. Le dije que no olvidara el espejo mural (lo habíamos comprado en el Mercado de Pulgas de Saint-Ouen) y de cargar todas las chucherías, los cofrecitos e incluso las postales que obstruían el camino. Me pidió autorización para llevar una bata que mi mujer se había olvidado en el armario. En menos de un periquete, me encontré con la pieza completamente vacía.

La ventaja de desprenderse de todo es que me va a evitar tener que pagar los gastos del guardamuebles. No le dije nada a nadie. Nada por aquí, nada por allá. Mejor que un prestidigitador: me escamoteo a mí mismo.

Yo había pensado en buscar un pequeño estudio, un monoambiente, para hablar como los anuncios inmobiliarios, un simple lugar para dormir, once o doce metros cuadrados con kitchenette y ducha esquinera. Pero, a pesar de todos los simpáticos diminutivos usados por los anunciantes, no existe ninguna cueva de ratas por

menos de seiscientos euros al mes, ni siquiera en los distritos 19 y 20. Y habría además algunos gastos. Con los cuatrocientos o quinientos euros que me quedaban no llegaría lejos. Para recuperar un poco de comodidad, tengo que recuperar sí o sí la plata del alquiler, del teléfono y de la tele... Voy a renunciar también al celular. Para lo único que me sirve es para que me llamen personas que me son indiferentes o me aburren. Pero los huachos esos siempre te hacen firmar contratos imposibles, y presiento que va a estar salado conseguir desengancharse –tratándose del teléfono, tal vez sería mejor decir “desconectarse”. “Desengancharse”, para hablar de drogas suaves como el celular o el noticiero de la tele, es sin embargo la mejor expresión, ¿no?

Mañana voy a ver a la portera. Ella sabe que me voy y voy a pedirle que arregle la visita del propietario, o más bien de los representantes de la sociedad de seguros dueña del edificio. Tengo dos meses de depósito que recuperar; voy a tener que discutir duro por los agujeros en la pared y el techo un poco descascarado en algunos lugares: ¡la usura normal, su Señoría! Ya presiento que me van a reducir el depósito y que no voy a protestar. No es que me den miedo, pero es un verdadero horror discutir con esa gente. La portera en cambio me cae bien. Notó que vivía solo desde hace unos meses, pero es discreta. La otra noche me confió que con su marido van a volver a Portugal en 2013, a su pueblo del sur, y que tenía miedo de aburrirse. Quizás me quería llevar por el

camino de las confidencias, pero no dije ni mu.

Lunes 24 de marzo

El vendedor de antigüedades y sus dos acólitos llegaron a primera hora. Escuché la llave en la cerradura; apenas tuve tiempo de dejar el sofá que ellos ya se ocupaban del comedor y la cocina americana. Vacieron la alacena y los placares. Les invité un café y aceptaron. Después los dos empleados enjuagaron la cafetera y los tazones mellados que acabábamos de usar. Envolvieron con habilidad cada taza, cada plato y cada vaso en papel de diario. Desapareció hasta el paquete de café. “La porcelana y la cristalería es lo que mejor se vende”, me dijo el vendedor guiñándome el ojo con complicidad. También embolsó una estatuita de bronce que había mirado de reojo desde el principio. La había notado enseguida el viernes, y yo había notado su interés, aunque se esforzaba por disimularlo. Hoy se le fue la mano. La agarró desenvuelto, con la punta de los dedos, la examinó unos segundos con cara de duda, la sopesó y la dio vuelta por todos lados, como jugando, pero de hecho para cerciorarse, con cara de nada, de que estuviera firmada, antes de pasársela rápido al embalador mascullando: “Veremos qué se le puede sacar”. “Nos vamos a

la tarde”, agregó, “y volvemos mañana a la noche. No se preocupe: el miércoles estamos acá”.

Me dije que era muy ingenuo. En un momento, incluso me pregunté si volvería ahora que le había echado mano a lo que aparentemente valía la pena. Pero me acordé de que la cómoda estaba todavía acá y eso me tranquilizó.

A la noche, bajé al garage. El viejo Mercedes, que le compré el año pasado por unas migajas a un compañero con plata que quería uno nuevo, es todavía muy atractivo a pesar de sus dieciocho años bien cumplidos. Me acosté en la parte de atrás. Es un poco duro, pero espacioso: pude estirar las piernas casi del todo. Volví arriba a hurgar en la montaña de ropa blanca y de vestir que obstruye la entrada; saqué una almohada y dos cobertores que bajé al coche. Me fui a comprar un sándwich de pan de campo a la panadería y pasé por lo del tunecino por una botella de cerveza. Hundido en el sofá, disfruto esta noche mi última velada ante el televisor. Para celebrar la ocasión, incluso me decidí a terminar la botella de whisky que quedaba en la cocina: unas gotas, no más, pero me dieron ánimo. Volví al garage cerca de medianoche. Hay pocas posibilidades de que me encuentre con alguien a esa hora. En el edificio sólo viven viejos y familias numerosas. Voy a dormir en el coche, cosa de entrenarme.